

---

## DE LA POESÍA CRÍTICA DE QUEVEDO

Pocos poetas de los siglos áureos más empeñados que Quevedo en la testificación de la vida histórica o en promover un particular inventario de las peripecias sociales de su tiempo. Esa actitud fiscalizadora va a constituir a todas luces una de sus más reconocibles constantes literarias y humanas y, por ende, una buena pista para rastrear sus vicisitudes políticas y las multiformes excelencias de su obra. El poeta, sumergido de bruces en el opulento caudal de sensaciones del barroco, cultivador magnífico de airosas invenciones conceptuales, de exuberantes cromatismos de estilo, artífice de una lengua poética de singular dinamismo, iba a ser, al margen de sus muchos magisterios estéticos, un notorio —y debatido— crítico de la sociedad española de la primera mitad del xvii. Escritor de manifiestos contrastes, a la vez juez y testigo, leal y conspirador, popular y aristócrata, no es aventurado imaginar a Quevedo como el símbolo de los contraluces de toda una época, levantando acta de las intrigas cortesanas y los vericuetos del cuadro social español. De esa penetrante y a veces ambigua mirada va a ir surgiendo una especie de veredicto ético y también un descarnado balance de los particulares vínculos del poeta con la sociedad.

Para enjuiciar de algún modo esa profusa vertiente crí-

---

tica de la poesía de Quevedo hay que empezar por aproximarse a su biografía. No en vano fue el poeta un personaje encarado desde niño al mudable hervidero palatino. Llevaba bien alojada en la memoria la experiencia de sus años infantiles vividos en la corte. Su padre fue secretario de la princesa María, esposa de Maximiliano de Alemania, y su madre estuvo al servicio de la infanta Isabel Clara Eugenia. Quevedo se asomó pues al mundo desde las casi domésticas ventanas de palacio, acostumbrándose a mirar los fastuosos brillos y los falsos oropeles de la corte de Felipe II. Ya era una inmejorable iniciación esa niñez del poeta, no olvidada nunca del todo a lo largo de sus posteriores andanzas sociales y políticas. En las encrespadas aguas de su biografía afloraría siempre el rastro de esa infantil memoria cortesana, más significativa si se la asocia a quien luego sería correveidile y hombre de confianza del virrey de Nápoles y secretario de Felipe IV.

El primer eslabón de la vida política de Quevedo enlaza con los turbios manejos del duque de Lerma, valido de Felipe III. El poeta tiene poco más de 20 años y, al trasladarse la corte a Valladolid en 1601, abandona sus estudios universitarios en Alcalá para instalarse en la nueva capital del reino. No es difícil imaginar al joven Quevedo contemplando el flujo y reflujo de la vida vallisoletana de estos primeros años del XVII. El poeta, entre desdeñoso y sarcástico, adobando de burla su censura, estrenaría entonces aquella aguda sonda moral —que ya no abandonaría nunca— para medir los embrollos de la corte y las vicisitudes de la política. Una indagación, por cierto, en la que él mismo pudo hacer paradójicamente las veces de implicado.

Por el horizonte del Imperio empiezan a apuntar los primeros síntomas de la bancarrota. Son todavía indicios, vagos vislumbres, pero Quevedo parece barruntar esa verdadera tormenta, vive en aquel áureo enclave su particular papel de vigía, hace las veces de diablo cojuelo un tanto

---

equivoco dispuesto a destapar las lacras de una sociedad en cuyo escenario él mismo era ya un actor destacado. No parecen afectar, sin embargo, a Quevedo los enmarañados vaivenes de la política durante esas iniciales peripecias cortesanas, preferentemente referidas al duque de Lerma. Lo que diría luego de los demás, no parece aplicable ahora a sus propios escauceos:

*Para entrar en palacio, las afrentas,  
oh Licino, son grandes, y mayores  
las que dentro conservan los favores  
y las dichas mentidas y violentas.*

La evolución del pensamiento moral de Quevedo se desdibuja en parte cuando se evoca al poeta doblado de hombre de acción. Más que hacia los entramados de la política, su propensión crítica se dirige entonces hacia la reprobación de ciertas costumbres, las mismas que él a lo mejor gustaba de compartir. Es inevitable pensar que Quevedo, joven y audaz, incómodo personaje y más bien desdeñoso con todo lo que pudiera hacerle sombra, no se libró ni mucho menos durante esas desiguales experiencias de una manifiesta contaminación de la vida palatina. Ambicioso «por voluntad y por destino», el poeta es ahora un protegido más del duque de Lerma, cosa que ya presupone cualquier desairado cometido.

Quevedo vuelve a Madrid con la corte en 1606, año en que inicia la redacción de *Los sueños*. Poco antes había dado por concluido *El Buscón*, que no se publica hasta 1626, tras reiteradas correcciones y que —por cierto— adolece de llamativas divergencias textuales. Según todos los síntomas, el implacable Quevedo alterna sus copiosos afanes literarios con sus difusas incumbencias políticas. Aquí y allí se resquebraja con irreparables grietas el baluarte del prestigio nacional: «Miré los muros de la patria mía, / si un tiempo

---

fuertes, ya desmoronados», diría después con divulgada desolación. Pero esas incipientes ruinas están aún demasiado cerca del campo visual de Quevedo como para que éste pueda constatar los síntomas del desastre. Ahora —conviene reiterarlo— son las broncas marañas sociales las que interesan al escritor como nutriente principal de sus poéticas diatribas.

Quevedo intima por estos años con el duque de Osuna, que lo haría después su confidente y consejero. Es curiosa la dualidad que se produce en el comportamiento del poeta durante esos abigarrados tramos de la primera década del XVII. Parece indudable que hay algo que va concretándose en su actitud crítica respecto a la realidad histórica del país, pero su habitual conducta de hombre público no se compeadece del todo con el particular aguafuerte de su obra. Ya en *El Buscón* había perpetrado Quevedo una especie de despiadada sátira social en torno a las lacras y trapisondas de la España de su tiempo. Como un anticipado Goya, el escritor traza con idóneo pincel el casi redundante por enérgico retrato de la sociedad de los primeros años del reinado de Felipe III. A pesar de ese virulento espejo de la vida que es *El Buscón*, se percibe en su fondo —como en toda la novela picaresca— un sombrío y pesimista veredicto moral. Por debajo del consabido sarcasmo, se filtra el reflejo de un estado de cosas en trance de descomposición. No obstante, hay algo que parece contradecirse con el temple justiciero del poeta. Al lado de un evidente atisbo acusador, de una manifiesta rebeldía, Quevedo no ha sabido —o no ha querido— liberarse de las inveteradas adulaciones públicas o de alguna venenosa subordinación a los halagos de la política.

La amistad de Quevedo con el duque de Osuna va a ser reveladora en este sentido. El duque y el poeta viven casi inseparablemente un largo proceso de maquinaciones cortesanas, de vínculos afectivos, de trapicheos sentimentales.

---

Las empresas de Osuna en Italia van a hacer las veces de catalizador del pensamiento político de Quevedo. No se olvide que al caer en desgracia y ser encarcelado el entonces virrey de Nápoles, el poeta, aun a riesgo de provocar las fáciles iras de Felipe III, cantó lo que él suponía injusta suerte del duque:

*Faltar pudo su patria al grande Osuna,  
pero no a su defensa sus hazañas;  
diéronle muerte y cárcel las Españas,  
de quien él hizo esclava la Fortuna.*

Una dramática evocación textualmente aplicable, andando el tiempo, al autor de tan ferviente oración fúnebre. Pero habrá que insistir en que esta primera fase política de Quevedo supone una especie de tira y afloja entre el sentido práctico del deber y el todavía difuso intento de erigirse en fiscal de la historia inmediata. Y aquí se plantea un primer dudoso foco de preguntas sobre la postura de Quevedo frente a la libre manifestación de sus ideas. Servidor leal de la monarquía, testigo de excepción de la decadencia y el mal gobierno, ¿cómo se compagina su pensamiento crítico con tan contradictorias atribuciones? ¿Cuál es realmente su posición moral frente a una situación que el poeta parece soportar y censurar a la vez? ¿De qué manera evoluciona su mentalidad desde las primeras controversias políticas hasta sus actividades conspirativas contra el modelo de gobierno de Felipe IV, que lo llevaron a la cárcel y a la muerte? «Del vientre a la prisión vine en naciendo, / de la prisión iré al sepulcro amando.»

No se conocen a ciencia cierta las fechas de composición de algunos poemas claves de Quevedo más directamente vinculados a su comportamiento cívico. Pero tampoco será demasiado aventurado adivinarlas. Lo mismo podría decirse de las poesías de asunto amoroso, esa mag-

---

nífica y medio enigmática veta creadora de quien siendo todavía en parte un petrarquista, obedece a su enemigo Góngora en no pocas avanzadas expresivas. Si no exactamente en la poesía, sí podemos marcar en la vida de Quevedo dos aproximadas fases ideológicas —y aun poéticas— coincidentes con los reinados de Felipe III y Felipe IV. Podría aventurarse que, en efecto, hacia 1621 —año de la muerte del tercer Felipe— se insinúa como un cambio en la forma de intervenir el poeta en la realidad histórica española.

Quevedo marcha a Italia en 1613. Pocos años antes, Felipe III, tan obsesionado como su antecesor por mantener a toda costa la unidad religiosa del Imperio, arbitró la inicua expulsión de los moriscos. La amenaza del levantamiento de Italia era acaso la principal preocupación de la corona cuando Quevedo se instala con el duque de Osuna, entonces virrey, en Sicilia. El poeta se adentra a partir de estos años en una ininterrumpida red de misiones diplomáticas y negociaciones políticas de muy varia y brumosa índole. Recuérdense sus intentos para que Niza se declarase a favor de España contra el duque de Saboya; los encargos del parlamento siciliano en asuntos de donativos al rey; la personal gestión para que Osuna fuese nombrado virrey de Nápoles, sus sonadas intervenciones en la Conjuración de Venecia, etcétera. También anduvo en sobornos y misiones de doble filo: en una carta a Osuna le dice con cínico gracejo: «ha de haber tiempo en untar esos carros para que no rechinen». Toda una larga serie de intrigas y encomiendas que no parecen conciliarse muy bien, a no ser en términos ambiguos, con su poesía.

No está de más recordar que la diversidad de tonos de la poesía de Quevedo constituye una especie de contrapunto a sus fijaciones morales y alcanza con creces la condición de modélica. Su sentido verbal resulta casi siempre prodigioso y la intensificación expresiva se une a un riquísimo

---

vocabulario que se nutre a la vez de unas fuentes cultas y de una cantera popular que parece directamente asimilada. La versatilidad hacia afuera es tan notoria como el sentir hacia adentro. En el campo de la invención expresiva, de la destreza en tensar las palabras más allá de sus límites convencionales, sólo Góngora puede competir con él. De la crítica a la sátira, de la lírica a la épica, del humanismo al senequismo, de la jácara al treno, de la exquisitez a la escatología, de la poética de la desolación a la plegaria desgarrada, Quevedo denota una admirable vitalidad creadora, mucho más versátil de lo que hacen suponer sus prolijas y absorbentes inmersiones en la política.

Abundan los detalles anecdóticos respecto a las vicisitudes de Quevedo por esos profusos derroteros sociales, pero basta con evocar el volumen de su obra para preguntarse dónde, cuándo encontró tiempo el poeta para ejercer de actor destacado en el complejo escenario de la corte. Y entre tan nutridas gestiones públicas, ¿cómo responde realmente la inteligencia crítica de Quevedo ante tantas comprometidas industrias? No hay otro remedio que volver a insistir en lo ya anteriormente apuntado: en esa contradictoria experiencia del poeta dentro de las marañas políticas de la época. Tal vez podría pensarse que se integró deliberadamente en el cada vez más viciado clima cortesano para poder finalmente salir de él con una más exigente experiencia testimonial. Si Quevedo no hubiese intervenido de una forma tan denodada en el acontecer histórico de su tiempo, tampoco habría podido levantar después su voz como lo hizo, con tan explícitas pruebas documentales. El poeta dispuso siempre de una constitutiva necesidad de husmear en los más significativos meandros de la vida histórica. Acaso se encuentre la clave de esta actitud en un endecasílabo perdido entre el opulento aluvión de espléndidos hallazgos de su obra: «Vivamos, sin ser cómplices, testigos.» Esa función de testigo es efectiva-

---

mente la que mejor encaja en la personalidad del poeta, aunque tampoco pudo evitar alguna vez el sambenito de cómplice.

Las pretensiones testificadoras de Quevedo difícilmente podían abrirse paso entre tan intrincados ardidés políticos. Parece ser que su amistad con el duque de Osuna lo llevó a aceptar ciertas empresas de dudosos aliños, entre las que no estaban excluidas las tercerías amorosas. Es más que probable que Quevedo, desmedrado y malencarado, consciente de sus propios defectos físicos, necesitó oponer su prestigio personal y su ambición de hombre público a sus presuntos traspiés sentimentales. Su proverbial fama de buen consejero y mejor diplomático, desfiguran ahora la valoración equitativa de su intransigencia. Quevedo debió sentirse como en una cárcel dorada de la que su propio instinto lo inducía a escapar, pero que lo maniataba en una incómoda red de lisonjas. Acaso el azar de la política, aun en sus más anecdóticos lances, cegara un poco al poeta doblado de cómplice. Como diría refiriéndose a algún contrariado amor, también hubiese podido lamentarse ahora con la misma paradójica melancolía: «perdí mi libertad y hallé razones / de perder los deseos de busca».

Resulta lógico suponer que, mientras ocurre todo eso, Quevedo se desentiende de su poesía —de su obra en general— absorbido por tantas y tan complejas actividades políticas. Y no es así, desde luego. Aunque no se entienda muy bien, el trabajo literario de Quevedo en absoluto se ve afectado cuantitativamente por la incansable actividad del cortesano, antes bien hasta pudo servirle de acicate. También es verdad que Quevedo no se preocupó nunca de ordenar y editar sus poesías ni contó con ningún comentarista o estudioso que lo hiciera en su momento. La no muy cuidadosa compilación de González de Salas es póstuma (1648), contando además con que no pocos originales del poeta o se han perdido o fueron dudosamente retocados por los co-

---

pistas. Sin embargo, su obra alcanzó desde muy temprano una difusión extraordinaria. Ya Pedro de Espinosa, en sus famosas *Flores de poetas ilustres* (1605), incluyó numerosas composiciones del joven Quevedo y muchos de sus poemas circularon profusamente en copias manuscritas.

En 1620, cuando el duque de Osuna fue destituido y encarcelado, Quevedo cae también en el disfavor real y es desterrado a la Torre de Juan Abad, de la que era señor, un mínimo título nobiliario muy alejado —por cierto— de las cotas aristocráticas que hubiese deseado alcanzar el poeta para sus tejemanejes cortesanos. No parece probable que la tantas veces manifestada aspiración a la vida retirada, fuese realmente en Quevedo una inclinación perseverante. Al poeta no debían resultarle muy llevaderas las soledades aldeanas y la lejanía de la corte. Aunque buen seguidor de fray Luis, el horaciano argumento de la descansada vida del campo, no pudo obedecer en Quevedo a otras razones que a las puramente literarias. Bien es verdad que entre el denso bullicio cortesano debió sentir más de una vez el balsámico acicate del sosiego campesino.

*Retirado en la paz de estos desiertos  
con pocos pero doctos libros juntos,  
vivo en conversación con los difuntos  
y escucho con mis ojos a los muertos,*

confesaría en un muy divulgado y extraordinario soneto, intentando compensar con el estudio la olvidada pesadumbre de su impuesto retiro. Anteriormente, ya había escrito el poeta la consabida alabanza de quien vivía en la aldeana soledad menospreciando la corte:

*De todo lo que ignoras te aprovechas,  
ni anhelas premios ni padeces daños  
y te dilatas cuanto más te estrechas.*

---

¿Era, en efecto, esta estoica postura de Quevedo un escape de su más desesperada aspiración vital? Su vigilante curiosidad humana, su exacerbada preocupación por los vaivenes políticos del país, parecen contradecir los deseos de recogimiento de quien «aun de la soledad se sentía solo».

Interesa subrayar el carácter de lisonja de algunas poesías de Quevedo datadas en estos años de su regreso a la corte. El duque de Lerma, sustituido en el real favoritismo por su hijo el de Uceda, va a darnos ahora buena prueba de la difusa actitud de Quevedo frente a las más inciertas coyunturas de la historia que vivía. Verdadero árbitro de la política durante el reinado de Felipe III, Lerma puede considerarse asociado a los primeros eslabones de la cadena de la decadencia nacional. Su inepticia en empresas de armas fue tan notoria como su ineficacia en negocios de estado. El desprestigio ronda la corona, de cuya férrea maquinaria empiezan a desgajarse las primeras provincias flamencas, mientras el valido real vende cargos públicos y se enriquece a costa de tributos. No obstante, Quevedo dedicó un laudatorio soneto al túmulo de quien él llamo con prescindible desmesura «gran columna de la monarquía». He aquí al poeta nuevamente amoldado a una casi impuesta adulación. Quevedo sabía muy bien que Lerma había activado el semillero del desastre nacional, pero canta la muerte del valido con el mismo hiperbólico acento que empleó en glosar las honras de Felipe III: «Yo vi la grande y alta jerarquía / del magno, invicto y santo rey tercero...»

Da la impresión de que Quevedo vive ahora tan enredado en los tentáculos de la corte que apenas si logra resolver sus propias contradicciones. También es verdad que su postura tampoco dista mucho a este respecto de la de otros poetas contemporáneos suyos. Quevedo debía contemplar desde tan cerca el flujo de la historia que se le confunden las perspectivas. Probablemente no quería convencerse de la evidencia; prefería seguir inventándose la patria entresonada, aque-

---

lla monarquía ideal que había definido en su *Política de Dios y gobierno de Cristo*. La mentalidad de Quevedo necesitaba edificarse una imagen de España dirimida entre extremos heroicos, donde ninguna quiebra fuera presumible y donde nada interfiriese la verdad que él mismo se había forjado.

Con la subida al trono de Felipe IV —el abúlico monarca de los prodigiosos retratos de Velázquez—, Quevedo vuelve a Madrid desde su destierro manchego. Es posible que el conde-duque de Olivares, nuevo favorito real, prefiriese tener al poeta como amigo que soportarlo como lejano adversario. No era recomendable exponerse a sus temibles dobles filos verbales. Y Olivares, todo un estratega, consigue para Quevedo su rehabilitación política. El poeta se sumerge más todavía en la «corte de los milagros» de esa España cuya decadencia culminaría con las rebeliones catalana y portuguesa, las sublevaciones de Nápoles y Sicilia, la independencia de los Países Bajos. El futuro se enturbia en el horizonte de la política entre alarmantes predicciones. Quevedo tiene que saber todo eso, quizá lo intuya y trace en su pensamiento de fiscal el anticipado esquema del desbarajuste. Pero se cuida de renunciar a aquella halagüeña posición a que lo había ascendido Olivares, quien lleva incluso más lejos su respaldo al poeta, consiguiendo para él en 1632 el puesto de secretario del rey. Quevedo acepta el cargo, a pesar de tantas asiduas confesiones de decepción o desesperanza.

*Cansado estoy de la corte  
que tiene en breve confín  
buen cielo, malas ausencias,  
poco amor, mucho alguacil.  
Ahíto me tiene España,  
provincia si antes feliz,  
hoy tan trocada, que trajes  
cuida y olvida la lid.*

---

Es posible que Quevedo volviese a evocar entonces el ideal renacentista, aquel último tramo del reinado de Felipe II, cuando andaba de niño por los salones de palacio y nada hacía presumir tan sistemático declive. La relajación moral, los desmanes de logreros y pescadores en río revuelto, van acentuando en el poeta un cierto papel de portavoz de muchas indignaciones públicas. Siendo Quevedo, como era, un poeta de tan extraordinaria lucidez, ¿tomó conciencia en algún momento de sus equivocaciones políticas o de las presuntas contradicciones que podían aflorar entre su conducta y su poesía? ¿Se daba cuenta entonces de la importante dosis de responsabilidad que le correspondía desde su puesto de secretario del rey?

*Y es más fácil, oh España, en muchos modos,  
que lo que a todos les quitaste sola,  
te puedan a ti sola quitar todos.*

A pesar de las apariencias, no está todavía Quevedo desentendido de sus propios privilegios. Servidor de la nefasta política de Felipe IV, se siente a veces obligado a defender las indefendibles acciones del monarca. En una hiperbólica exhortación a que el rey castigara a los cada vez más prolíficos rebeldes, el poeta se permite advertir a «aquella frente augusta»:

*Arma de rayos la invencible mano,  
caiga roto y deshecho el insolente  
belga, el francés, el sueco y el germano.*

La cosa no daba, realmente, para tanto. Pero se tiene la impresión de que Quevedo seguía queriéndose engañar a sí mismo, y no por lo desmedido de esos consejos, sino por su insistente prurito de continuar aferrado a una idea de la monarquía que había ido desmantelándose desde mucho

---

antes. ¿Por dónde discurría entonces el pensamiento crítico del poeta, esa «libertad encarcelada» que parece regir sus humanos traspies sentimentales y sus veleidades políticas? «La vida es mi prisión y no lo creo», había dicho resumiendo así quizá todo el denso despliegue de su biografía. Ya se sabe que Quevedo no fue realmente un hombre de fortunas afectivas, gustando de zaherir y vituperar a quienes no respondían a sus requerimientos. Pero cuando el poeta sale de sus laberínticas incursiones amorosas, parece que una cierta resignación viene a coincidir con los nutrientes estimulantes de la libertad.

*Y ya en dos redes presa el alma mía,  
no la espero cobrar en algún día,  
y ella, porque tal cárcel la posea,  
ni espera libertad ni la desea.*

¿Qué consistencia tiene esa cárcel amatoria a la que Quevedo asocia figuradamente su carencia de libertad? Tal vez se pueda rastrear por ahí como un despojamiento gustoso que eleva a conformidad la desesperación. Pero también se filtra aquí y allí un sentimiento de libertad que casi está dejando de ser sincero a fuerza de airearse. No era Quevedo hombre muy dado en este sentido a la pasividad. Cuando algo se oponía a sus deseos, arremetía contra las causas posibles de semejante desobediencia, sin ahorrarle a su decepción toda clase de vituperios. Pero ahora el poeta parece jugar con el término de la libertad en su desengañado reflejo de amator. Ya había confesado algo significativo a este respecto: «Nació monarca del imperio mío / la mente en noble libertad creada.» Pero es indudable que Quevedo no quiere oponer ahora sus inclinaciones naturales a la medida que le dicta su importante cargo palatino. No es cómoda ni edificante su conducta cuando dice: «Canto mi libertad con mi silencio.»

---

La experiencia política de Quevedo en los últimos diez años de su vida —los que van de 1635 a 1645— coincide con los más notorios descréditos del reinado de Felipe IV y van a ser claves en la evolución del pensamiento del poeta. No parece referirse a los demás lo que Quevedo dijo de sí mismo en alguna ocasión: «El que me niega lo que no merezco, / me da advertencia, no me quita nada.» Sin duda que el poeta ha ido almacenando argumentos, ha sopesado antecedentes y consecuencias para reunir un serio balance acusador de la realidad del país. Sus primeros dardos condenatorios van a dirigirse a su protector el conde-duque de Olivares, ya al borde del disfavor real: «Suben favorecidos y engañados / y vuelven a bajar ajusticiados.» En la memorable «Epístola satírica y censoria» dirigida al valido de Felipe IV, «en su valimiento», Quevedo pone definitivamente las cartas sobre la mesa.

*No he de callar, por más que con el dedo,  
ya tocando la boca o ya la frente,  
silencio avises o amenaces miedo.*

*¿No ha de haber un espíritu valiente?  
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?  
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?*

El poeta recuerda con una manifiesta amargura el pretérito de España, cuando «nadie contaba cuánta edad vivía / sino de qué manera». La «inundación del canto» de Quevedo, adquiere aquí el rango de un auténtico memorial de agravios. La «Epístola» sigue siendo uno de los poemas más citados de nuestra literatura y constituye sin duda una muestra magnífica del pensamiento moral de su autor, incluso contando con algunos artificios prescindibles y alguna que otra apoyatura en ciertas manoseadas reflexiones. Quevedo hace confluír en sus versos el pasado con el pre-

---

sente, vaticinando la negrura del porvenir: «aquella libertad esclarecida / que en donde supo hallar honrada muerte, / nunca quiso tener más larga vida».

Erigido en paradigma de una presunta conciencia colectiva a propósito del mal gobierno, todo el espacio crítico de la poesía de Quevedo parece ya orientado, como sobreponiéndose a tantos prejuicios y medidas, a una revisión justiciera de los descabros cortesanos. La hipótesis de la frustración, del agotamiento, tampoco es descartable: «Soy un fue y un será y un es cansado», diría con magistral seducción léxica. Sus peticiones solapadas de justicia, sus implicaciones en alguna presunta conspiración para derogar la figura del valido, iban a jugarle una última mala pasada. Aunque el *Memorial* contra la política de la monarquía que apareció sin firma en la mesa del rey fue atribuido a Quevedo, su paternidad ha sido definitivamente descartada. Parece ser, no obstante, que dicho *Memorial* circuló en copias manuscritas con la firma del poeta y que algo tuvo que ver, junto a otras presumibles intrigas, con su confuso y repentino arresto. Sea como fuere, en la madrugada de un día del invierno de 1639 el poeta fue apresado y llevado secretamente a la cárcel de San Marcos de León, donde permaneció cuatro años y de donde salió «con más señales de difunto que de vivo» para morir meses después en Villanueva de los Infantes. No fue desde luego un final digno para quien, aun siendo un político desafortunado, ocupaba ya una de las cumbres de la poesía en lengua española.

(1963 y 1978)